



VIAJE AL RÍO DE LA PLATA

(1534-1554)

Ulrich Schmídel

notas bibliográficas y biográficas por el teniente general don Bartolomé Mitre

Prólogo, traducciones y anotaciones por Samuel Alejandro Lafone Quevedo

Cel Cap. XI - Etnografía¹

Ulrico Schmidl o **Schmidel** o **Schmidt**, (n. 1510 en Estraubingen (Straubing) † 1579/1580/1581) fue un soldado lansquenete, viajero y cronista de origen alemán.

Famoso por la publicación en 1567 de su *Verídica descripción*, relato de su participación en la conquista y colonización de la cuenca del Río Paraná a lo largo de veinte años. Sus testimonios son valiosos por varios motivos. En primer lugar, provienen de un conquistador no español que a su vez publica fuera de España. En segundo lugar, es una de las primeras crónicas de los habitantes y territorios que luego compondrán las actuales Argentina y Paraguay.

Parte en 1535 hacia el Río de la Plata en integrando la expedición de Pedro de Mendoza. Junto a ella vive los horrores de la primera fundación de Buenos Aires. Durante veinte años recorre lo que llama "Paraíso de las selvas del Paraguay y el Chaco".

En 1554 regresa a Estraubingen, donde hereda el patrimonio de su hermano y se convierte en concejal. Debe huir de la ciudad por profesar el luteranismo, dirigiéndose a Ratisbona en 1562, donde muere en 1579.

Su relato aparece por primera vez en 1567, en alemán. En 1599 en latín, en una edición de Levinus Hulsius (1546-1606), y en el mismo año en la séptima parte de los grandes viajes de Teodoro de Bry, tanto en latín como en alemán. De Bry y Hulsius han realizado grabados que ilustran las aventuras de Schmidl.

.....

Llega Schmídel al Janeiro (cap. V) y se da con los *thopiss* (tupí), de la raza guaraní, que llamaban así en los dominios del rey de Portugal. Sobre estos indios algo más nos dice a la pasada por tierra de regreso a su país; pero en esta ocasión se contenta con nombrarlos como del Janeiro, y así cumple con las reglas 5.^a y 6.^a.

Puesto en San Gabriel del Río de la Plata se encuentra con los *zechuruass* (charrúas), comedores de carne y pescado, que huyen con mujeres e hijos sin dejar que pudieran alzar los muy honrados recién llegados; éstos empero alcanzaron a ver que los hombres andaban desnudos, y que las mujeres se tapaban las vergüenzas con una especie de delantal. Aquí sólo faltan dos de nuestras reglas, 2.^a y 4.^a, pudiéndose completar los datos por autores tan célebres como Hervás, Azara y d'Orbigny.

1 - Los datos etnográficos que contiene la relación de Schmídel son muy abundantes; falta saber si tienen valor científico. Esto es lo que se tratará de conocer en las siguientes consideraciones.

Para ser un buen etnólogo en el siglo XVI, como en todos, se necesitaba ser observador exacto y haber llenado las siguientes condiciones:

- 1.^a Conocer personalmente a los indios que se describen;
- 2.^a consignar sus rasgos físicos;
- 3.^a describir sus usos y costumbres;
- 4.^a fijarse en la lengua o idioma;
- 5.^a precisar la distribución geográfica;
- 6.^a dar los nombres con que los conocían, propios y extraños.

Pedir más que esto serían exigencias impropias para aplicadas a un autor del siglo XVI, en que no se daba la importancia que nosotros les atribuimos a estas cosas. Veamos, pues, cómo se ajusta nuestro autor a las reglas a que pretendemos someterlo.

Pasan los expedicionarios a la banda occidental del Río Paraná a fundar allí la primera Buenos Aires, y se encuentran con los *carendies*(querandí), que comían y vestían como los charrúas, y andaban de acá para allá como los gitanos, «a noche y mesón», como dice Villalta, y hasta las 30 leguas y más a la redonda; a la sazón empero se hallaban como a 4 leguas del real, esto es, como por las Conchas. Los tales querandí tenían sus aliados y amigos, se defendían con arcos, dardos y boleadoras, usaban mantas de pieles y hacían acopio de pescado, de aceite y harina del mismo; sólo le faltó decirnos que eran hombres muy desarrollados y que hablaban la lengua tal o cual.

Eran los últimos días del primer año de la existencia de la sin suerte Buenos Aires⁵¹ cuando acudieron a destruirla 23.000 guerreros de las 4 naciones: *carendies* (querandí), *barenis* (guaraní), *zechuruas* (charrúa) y *zechaneís diimbus* (chaná-timbú). De éstas la primera y la tercera nos son ya conocidas, no así las otras dos que para el editor de 1567 eran *zechuas* y *diimbus*, y para Hulsius en su edición latina- *bartenes bartenes* y *timbúes*. Nadie atinaba a identificar esos bartenes desconocidos en la etnografía platense, y nos contentábamos con atribuirlos a la ignorancia de Schmidel; mas hoy que los *bartenes* de los editores se han trocado en los *barenis* del autor, ya sabemos dónde estamos: a éste que de *Paraguay* hizo *Paraboe*, etc, *guaraní* tenía que sonarle *barení* y, si no a él, a su amanuense, que tanto vale. Aquí pues tenemos representados los guaraní de las islas, quienes por otros conductos sabemos que no eran amigos de los españoles, y con sobrada razón, porque no era carga muy liviana dar de comer a 2.500 o 1.700, o sean sólo 800, huéspedes incómodos que se morían de hambre, por lo menos los que no eran capitanes, al decir de Villalta.

En cuanto a *diimbus* y *zechenaís diimbus* hay esta diferencia: este es un nombre que precisa los timbú que eran, porque el nombre solo de *timbú* es general de todo indio que horadaba las narices, de suerte que los hallamos hasta en los confines de Bolivia, sin que por esto sean de la misma generación o raza de estos *zechenaís*. Sabemos por otros conductos que en el Río de la Plata había ciertos indios a que los guaraní llamaban chaná, y de éstos había unos que eran *chaná mbeguá*, ubicados en la Banda Oriental y Entre Ríos, y otros que se decían *chaná-timbú* y vivían desde cerca de Buenos Aires hasta las inmediaciones de Santa Fe (la de Cayastá). En todo tiempo parece que hubo indios que se llamaban chaná, sin más calificativo. Los *timbú* derivaban su sobrenombre de los adornos que se ponían en las narices, y fueron los guaraní quienes se lo aplicaron, como que por éstos fue por lo que los españoles conocieron a aquéllos. En cuanto a los *mbeguá* no podemos etimologar con la misma confianza; es sin embargo fundada la interpretación de «gente de *tembetá* o barbote». -Schmidel no trata de estos *chaná-mbeguá* así por este nombre; lo que no quita que los *charrúa* hayan podido formar parte de esta generación de indios.

Se ve, pues, que en la enumeración de los indios que él dice pusieron sitio a Buenos Aires, incluye precisamente a los únicos que pudieron hallarse presentes, indios que conocemos con todos sus pelos y señales, y en cuanto a la lengua de los querandí, sabemos que fue materia de un estudio, como idioma separado, por el bien conocido Padre Alonso de Bárcena S. J. La lengua de los chanás ha sobrevivido, y Hervás habló

con los que habían andado entre los charrúas como misioneros: aquella no es guaraní, esta según Hervás, Azara, d'Orbigny y otros no lo era tampoco.

En el cap. XIII dice Schmídel que el principal de los timbú se llamaba *Rochera Wassu* o *Zchera Wassu*. -Esto es guaraní puro: «Nuestra Cabeza (Cacique) Grande» y de ello se ha deducido que los *timbú* hablaban guaraní. -Indudablemente que lo hablaban, como nosotros francés cuando se ofrece; pero el argumento es como este otro: - Almirante se llama el que manda nuestras escuadras, desde luego somos moros todos, ingleses, franceses, españoles, italianos, etc. Andando veremos qué idioma hablaban los timbú.

Fundado el presidio de *Corpus Christi*, o sea de Buena Esperanza, se dispuso Ayolas a buscar los carios del río Paraguay, y sea que los vio en este viaje, sea que fue en algún otro, porque la relación es algo confusa en esta parte, entra Schmídel a darnos noticias etnográficas de la mayor importancia.

Antes de pasar adelante conviene que establezcamos una o dos distinciones. (1) No es necesario que los *chaná-timbú* que ayudaron al sitio de Buenos Aires sean unos con los *timbú* de Buena Esperanza, ni creo yo que lo fuesen, pues estaban separados por ciertos indios de raza guaraní, que pueden o no ser los carcará del Carcarañá y río de Corrientes. (2) El fortín de Gaboto estaba servido por naciones de los guaraní, que eran comedores de la carne de sus enemigos; mientras que Buena Esperanza y Corpus Christi estaban fundados en plena tierra de los timbú, que no se sabe hayan comido carne humana bajo ningún concepto.

A 4 leguas de camino de los timbú de Buena Esperanza, coloca Schmídel a los *karendos*, los corondas de los autores modernos, que comían pescado y carne; muy parecidos a los timbú, con las mismas estrellas en las narices, altos como ellos, horribles las mujeres, sus vergüenzas tapadas, como las de los timbú, con delantales, y las caras arañadas y ensangrentadas. Eran diestros en trabajar mantas de pieles, y tenían muchas canoas. Con los carios eran enemigos, y dan a los españoles un cautivo de éstos para que les sirva de baqueano y de «lengua».

De los corondas, a las 30 leguas *de camino*, llegan a los *gulgeissen*, gente que se *atiene*-a pescado y carne, se horadan las narices, y hablan la misma lengua que los timbú y corondas. Lo demás se complementa, porque está visto que las tres naciones son de una sola raza o generación. El nombre *gulgeissen*, el ser laguneros, la distancia que media entre ellos y los corondas, todo hace comprender que estos indios eran los muy conocidos bajo el nombre de *quiloazas* o *quilbazas*. Sobre el río de este nombre se fundó la primera ciudad de Santa Fe. Los indios especiales de Santa Fe son los abipones, y sus rasgos físicos corresponden perfectamente a los de las tres naciones citadas. Sabemos también que se metían plumas en las narices, desde luego que eran timbú. Serán o no serán estas tres naciones abipones, pero Schmídel establece que ellas eran de raza timbú, y que, por las señales que nos da, de ninguna manera podían ser de los guaraní. Por ahora, a falta de prueba documentada, es preferible clasificar a los timbú, corondas y quiloazas como naciones afines de los chaná del Baradero y Soriano, todos más o menos

timbú, porque se horadaban las narices. Estas naciones vivían del lado de Santa Fe, que Schmidel llama la margen izquierda del Paraná, a la inversa de lo que se diría ahora.

De los *gulgais* caminaron 18 días sin encontrar gente, hasta llegar a los *machkuerendes*, distancia de 64 leguas, por las vueltas y revueltas del camino. Estos indios eran comedores de pescado, y de carne, pero poca; buenos canoeros y amigos de los españoles, lo que se confirma en la carta de Irala de 1541. Vivían sobre un río que se metía tierra adentro (sin duda el que separa las provincias de Entre Ríos y Corrientes) sobre el lado oriental del río Paraná; hablaban «otra lengua», es decir, que no era la de los corondas, *gulgais*, etc., pero, por lo de las narices horadadas, no dejaban de ser *timbú*. Los hombres eran hermosos de cuerpo, pero horrorosas las mujeres: en una palabra, eran de la raza non-guaraní que se había establecido en ambas márgenes del río Paraná, y que constaba de naciones que más se parecían en sus usos, costumbres y rasgos físicos que en su lengua o idioma. El río que desemboca en el Uruguay y separa Corrientes de Entre Ríos, aún conserva el nombre de estos *mocoretá*.

Aquí llegamos a una jornada de las más interesantes en todo el viaje, porque en este capítulo (XVIII) se trata de los indios llamados *zechennaus saluaischco* -en buen castellano: nuestros parientes salvajes-, que en boca de indios carios o raza guaraní equivalía a decir que los reconocían por paisanos. -¿Y si estos eran paisanos de los guaraní porque se llamaban chaná, por qué no lo eran los chaná-timbú, que oían también de chaná? -La contestación la hallamos en el texto mismo del autor nuestro. Era aquella «una gente petiza y gruesa», comía pescado, miel y toda clase de alimañas, y andaban hombres y mujeres, chicos y grandes, como la madre los largó al mundo. Vivían a 18 leguas de los *machueradeis*, y estaban de guerra con ellos; su morada quedaba a 20 leguas del río Paraná. No falta quien crea que los *caracará* de la laguna Iberá eran carios, y como se sabe que andaban por el río de Corrientes, no sería extraño que fuesen carios-*caracará*, que Schmidel vio y llamó *zechennaus saluaischco*.

Oviedo menciona a los *barrigudos* en seguida de los *quiloaçes*; mas como estos indios no figuran en el texto de Schmidel, no hay para qué nos ocupemos de ellos. Una cosa se debe observar, que ambas relaciones acusan un solo origen, y una a la otra se amplían y explican.

Según este historiador, los «*chanaes* salvajes» se hallaban «en la costa de Norte y par del Río Grande» en seguida o adelante de los *quiloaçes* y *barrigudos*, y más al norte recién aparecen los «*mecoretaes*». Schmidel invierte el orden, y nombra primero a los *machueradeiss*, y recién después a sus «*zechennaus saluaischco*». -Hay una explicación sencilla de todo esto. Los tales *chaná* serían los *caracará* de la laguna Iberá que habían bajado por el río Corrientes de 20 leguas tierra adentro, donde era su morada, rompiendo así la zona dominada por los *mocoretá* entre el Paraná y Uruguay, más o menos por los 30°. El mismo Schmidel los trata de *advenedizos* en el momento que los vio. La etnología de la costa occidental de lo que es hoy la provincia de Corrientes está sin aclararse por falta de documentación precisa; pero si hubiesen sido naciones de la estirpe guaraní o caria nos lo hubiesen hecho conocer.

Las descripciones que de unos y otros indios hacen Oviedo y Schmidel concuerdan bastante bien, así que no hay dificultad alguna en identificar los mocoretá y chaná salvajes, de uno y otro autor.

Después de dejar a estos indios, anduvieron unas 95 leguas de camino, algo más de dos grados de latitud, que corresponde a la región al norte del río de Santa Lucía, entre las Garzas y la embocadura del Paraguay, y allí dieron con los *mapenus* (mepenes), una numerosa nación y muy canoera, que se extendía 40 leguas a todo viento. Por desgracia, nuestro autor sólo se ocupa de contar cómo pelearon, así que de esta relación no sacamos más que el nombre de ellos y su costumbre de pelear sobre el agua. Azara, en la edición francesa, dice que los españoles llamaban a los abipones, mepones; por el momento empero no hay más que dejar a los mepenes, indios acuáticos, como mepenes, y a los abipones, indios terrestres, como abipones. Todos los mapas colocan a los mepenes en el rincón entre el Paraná y el Bermejo, que muy bien puede haber sido ocupado por los abipones. Una cosa debe asegurarse, que no eran carios, porque, si hubiesen sido, Schmidel nos hubiese contado que tenían mandioca, maní, etc., y en Corrientes, y no en la Asunción, se hubiesen asentado los españoles.

A los 8 días y 40 leguas de camino llegaron los españoles a los kueremagbeis, indios que siempre se mostraron amigos de los cristianos. Comían sólo pescado, carne y algarroba. Era gente alta y gruesa, hombres y mujeres. Se horadaban las narices para meterse plumas de papagayo; las mujeres tenían las mejillas tatuadas con rayas azules y las vergüenzas tapadas con delantales de algodón. He aquí una verdadera descripción de gente de raza guaycurú, ya sea ella toba, ya abipona. El mismo nombre de *kueremagbeis* o *kurgmaibeis* se presta a ser interpretado por este otro: *kuru-meguá*.

De los *kuremagbeis* caminaron 35 leguas hasta llegar a los aigeiss, que ocupaban el territorio bañado por el río Bermejo o *Yepedy*, como lo llama Schmidel. Comían los Agá pescado y carne; eran altos y esbeltos, hombres y mujeres, éstas hermosas, pintadas y sus vergüenzas tapadas. Todo indica la raza pampeano-guaycurú, rama payaguá-mbayá. Eran ellos grandes guerreros por agua.

Con estos indios se cierra la lista de las naciones que fueron del Río de la Plata en tiempo de la conquista, pero que han desaparecido, siempre que no se admitan algunas de las identificaciones que se han pretendido hacer, como ser aquella de mepenes convertidos en abipones, etc. De los *aigeiss*, *aeigeso aygass* (porque todas estas variantes y otras más se encuentran en el texto) adelante, ya trata Schmidel de indios que se han perpetuado hasta nuestros días, y nos servirán de piedra de toque para aquilatar el valor científico del saber y observación de nuestro autor.

De los «aygas» caminaron 50 leguas río Paraguay arriba, hasta dar con la nación de los *carios*, como se llamaban en aquel tiempo los guaraní del Paraguay. ¡Cómo se saborea el autor en medio de esa abundancia de maíz, mandioca, batatas, maní, etc., y también pescado y carne y aves de todas clases, y miel para comida y bebida! Era una bendición, era el paraíso. Dejaban atrás las miserias de la raza pampeana (nómades, más o menos), y entraban en la tierra de promisión de la raza guaraní (sedentaria, más o menos). Raza extendida, como dice Schmidel; gente petiza, corpulenta, apta para la

labor -como dirían los naturalistas de hoy-, hecha para servir de hormiga negra a la hormiga blanca que se presentaba a sojuzgarlos. Los varones se abrían el labio inferior para ingerirle el barbote de cristal, de dos jemes de largo. Hombres y mujeres andaban «como las madres los... y Dios los echó al mundo», cosa muy de los carios y de sus congéneres, los *zennas saluaischco*. Los padres, maridos y hermanos vendían sus hijas, mujeres y hermanas por cualquier baratija; pero, naturalmente, estos indios, como más civilizados que los pampeano-guaycurú, tenían que estar más al corriente de estas cosas, y que lo observe Schmídel es prueba de que era un relator fidedigno del medio en que actuaba. «Ítem más», como a veces decía nuestro autor, estos carios comían... carne humana, siempre que podían, a saber: cuando estaban de guerra y les caía algún prisionero, hombre o mujer, no importaba cuál, y se la saboreaban como a cualquier chanchito, y era ocasión de gran boda: sólo se escapaban las lindas, por su hermosura, y los viejos, ¡por su carne dura!! Era la nación más extendida de todas en el Río de la Plata, y sus «pueblos o ciudades» ocupaban toda la parte elevada del río Paraguay. -Sus pueblos o ciudades estaban fortificadas de una manera muy curiosa, que el autor describe con toda minuciosidad, y que el artista de la edición latina de Hulsius ha pretendido reproducir; guárdese el lector, empero, de creer que los demás indios, como ser los timbú, etc., tenían pueblos así construidos. Esta es invención del que ideó las láminas. Las «demás naciones» no contaban con más palizadas que sus piernas largas para huir, cuando no se creían con poder bastante para triunfar del enemigo, cristiano o indio. Esta es una de las grandes diferencias que Schmídel establece con perfecta claridad, porque siempre habla de los pueblos (*fleckhen*) en general, mientras que a propósito de los carios ya los distingue con esta advertencia: pueblo o ciudad, *fleckhen oder stet*. Esto no obstante algunas tribus pueden haberle aprendido algo a los carios, y entre estas acaso debemos incluir a los indios timbú y carcará.

Desde Buena Esperanza hasta la Asunción cuenta Schmídel 335 leguas, *de camino* se entiende; unos 10 grados por «altura».

A las 100 leguas «de camino» de la Asunción estaban los *piembas* o *paimbass*, etc., como Schmídel llama a los payaguá, gente que vivía sólo de pescado, carne y Algarroba..., que por lo tanto tenía que ser, como se ha visto que lo es, hasta por su lengua, rama de la raza pampeana-guaycurú.

Cerca de estos indios estaba otra nación, que Schmídel y otros apellidan de *naperus*, cuyo alimento de sólo pescado y carne los declara nómades. Por la región que ocupaban es muy probable que sean nación de esa raza que hoy llamamos lengua-machicuy, que son los lenguas modernos, angaité, sanapaná y guaná, indios que corresponderían perfectamente a la descripción de nuestro autor.

La expedición de Ayolas en la parte a que se refiere Schmídel, concluye en San Fernando, y se reanuda cuando vuelve a este punto con Alvar Núñez Cabeza de Vaca. Caminan las 100 leguas *de camino* entre la Asunción y los payaguá, y otras 100 más, de la misma especie, hasta llegar a los *guajarapos*, que nuestro autor llama *baschereposs*, según su fonetismo bávaro; gente ésta que comía pescado y carne, era canoera, las mujeres se tapaban las vergüenzas, y, por consiguiente, no eran carios. Estos son los

mismos indios que Azara, Hervás, Castelnau y Martius llaman *guachí* o *guachica*. Vivían tierra adentro del río Paraguay, más o menos en el paralelo 20° y margen oriental de este río. Martius reproduce un corto vocabulario recogido por Castelnau, y, según éste, su clasificación debería buscarse entre la raza pampeana, rama guaycurú, pero con sus diferencias, que acaso respondan a influencias de las vecinas naciones.

Schmidel abrevia su relación, y omite indios nombrados por Alvar Núñez, hasta que a las 90 leguas de los guajarapos dan con una nación que aquél llama *sueruekuessis* y éste describe, sin nombrarlos, como habitantes del puerto de los Reyes. Los varones usaban orejeras, y las mujeres, *tembetá* o *barbote*: eran hermosas, y andaban en cueros. Cada indio tenía su casa por separado, en la que vivía con su mujer y sus hijos, y eran agricultores. Por lo visto se trata de una nación zamuca o chamacoca, como parece que eran también los *jarayes* y *siberis*. Schmidel dice que el *barbote* de estas mujeres era del largo y grueso de un dedo. Que las mujeres usen *tembetá* parece extraño.

De este punto parte Schmidel con Hernando de Ribera, río arriba, y llegan a unos indios que vuelve a llamar *sueruckhuessis*, y que compara a los *sueruckuissys* ya nombrados; entre unos y otros mediaban 4 leguas. A los 9 días de viaje y 36 leguas de distancia, llegan a los *acheress*, nación de mucha gente, altos y desarrollados, hombres y mujeres, como ningunos otros del Río de la Plata; no comían otra cosa que pescado y carne; las mujeres no se tapaban más que las vergüenzas. Por las señas, estos *ajeres* eran de raza pampeana.

A las 38 leguas de los *ajeres* llegaron a los *scheruess* o *jarayes*. Estos indios eran orejones, y usaban *barbote* de resina; se pintaban de azul hasta la rodilla, imitando ropa. Las mujeres se embijaban de otra manera, desde los pechos hasta las vergüenzas; son hermosas a su modo y nada mezquinas estando a oscuras. Algunos autores quieren que sean guarayos. Se trata de una nación chamacoca o zamuca, como se desprende de los usos y costumbres.

Lo que sean los *jarayes* serán también los *syeberiss*, porque Schmidel identifica las dos naciones, y otro tanto se puede asegurar de los *orthuses*, urtueses de Alvar Núñez, indios todos agricultores, y por este lado interesantes para los españoles, que buscaban indios útiles. Pueden ser los *otuquis*, indios de la raza de Chiquitos.

Después que Alvar Núñez Cabeza de Vaca fue derrocado de su mando y remitido a España los «*carios*» y «*aigais*», con otras naciones más, se sublevaron contra el español, o sean los cristianos, como los llama Schmidel y como los apellidan siempre los indios. Para conjurar este peligro se hizo alianza con los *jheperus* y *batatheis*. Esta gente sólo comía pescado y carne, y peleaba por agua y por tierra, lo más por tierra. Sus armas eran dardos con punta de pedernal, macanas y unos palillos con dientes de palometa, con que degollaban a los enemigos que volteaban con sus macanas. De las cabelleras hacían trofeos para memoria de sus hazañas. Se trata, pues, de indios que no eran de la raza de los guaraní. ¿Serían *tobas*, *mataguayos* o *lenguas*? -En cualquier caso debieron ser pampeanos, más o menos guaycurú.

Concluida esta guerra con los carios y entrado el año 1547, en alianza con los mismos carios ya reconciliados, parte Schmidel, bajo las órdenes de Irala, con la expedición que se dirigía al Perú. Salieron del puerto de San Fernando, donde en aquel tiempo vivían los payaguá. De allí llegaron, después de 8 ó 9 días de viaje y 38 leguas de distancia, a una nación llamada *naperus*, que sólo comían pescado y carne; eran gente alta y corpulenta y sus mujeres feas, sin más adorno que un delantal. -Todos los rasgos son de raza pampeana, y lo probable es que hayan sido tribus de lenguas-machicuy.

Un viaje de 7 días, o sea de 28 a 30 leguas, los puso en tierra de los *maieaiess*, los *mbayá* de los modernos: una gran multitud de gente, con vasallos que les servían, y, por consiguiente, bien surtidos de comida de todas clases, ni más ni menos que entre los guaraní, sin que ni los señores ni sus súbditos fuesen de esta raza. Los *maijeaijs* son altos, gallardos y guerreros, en aquel entonces como ahora, pampeanos de raza, y sus siervos los chaneses, mojo-mbaures de origen. Las mujeres eran hermosas, sin más vestido que el delantal, y nada mezquinas de sus favores. Estos *mbayá* son los *caduveos* de Boggiani, y los siervos, esos *guaná-quiniquinao*, etc., de Miranda, descriptos también por Escragnolle Taunay. Los mismos usos y costumbres prevalecen hasta el día de hoy, y en esta relación, como en todas las demás, se muestra Schmidel un observador digno de toda fe. Irala confirma que esta entrada fue por los *mbayá*.

Estos indios estaban a 70 leguas de San Fernando, y de allí llegaron a los *zchennte*, vasallos de los *mbayá*, y los *chané* de los demás historiadores. Parece que es la misión de la raza *chané-arua* servir a sus vecinos más guerreros. ¿Acaso serían ellos los restos de una población americana sojuzgada por hordas invasoras? -Así parece, porque no se concibe cómo a la par de indios bravos suele haber otros más mansos.

Irala, en su famosa carta del año 1555, se limita a decir que llegaron a la provincia de los *tamacocas*, y de allí a la de los *corocotoquis*, con referencia general a los «carios de la sierra», que son los chiriguano. Schmidel, en esta parte, es muy parco de datos etnológicos, y, si no fuese por la carta de Irala ya citada, no sabríamos a qué atenernos, porque de los nombres de tribus o naciones poco se puede sacar en limpio: eran todas, o las más, agricultoras.

Si queremos darnos exacta cuenta de lo que eran los *zamucos* o *chamacocos*, los *tumaná* o *tumanahá* y los *morotocos* o *moro*, debemos estudiar lo que de ellos ha escrito el explorador Guido Boggiani—quien ha estado en contacto con ellos, y por lo tanto, me limitaré a reproducir algunas de las noticias de aquel viajero: en amplitud e importancia son únicas, como que ha vivido largo tiempo con estos indios.

Según este autor, los *chamacoco* son los más nómádicos y los *tumanahá* los menos; éstos algo entienden de labranza, pero sus parientes los *moro* o *morotocos*, mucho más, y estas tres naciones hablan dialectos de la misma lengua. Hoy estos indios ocupan parte del territorio que antes fue de los *mbayá*, a los que eran inferiores en pujanza. Cardús, en su obra sobre las misiones en Bolivia, dice que los *morotocos* «honran a las mujeres con el título de señoras», y que son las que mandan, etc. Según Boggiani, los *chamacoco*, hombres y mujeres, son «*orejones*», esto es, se ponen rodela en los lóbulos de las orejas, y los primeros usan el barbote largo, en este caso de hueso, y no de resina,

como el de los carios. Se pintan, pero no se tatúan. Los hombres andan en cueros, las mujeres con un pequeño delantal.

Schmidel, después de nombrar *thohannes*, *payhanas* y *maiehonas*, pasa a los *morronos*, que sin duda son los moro o morotocos. Después Vienen *Perronos*, *sunnennos*, *borkenes*, *leichonos*, *karchkonos*, *digeberis*, *peysennes*, *maygennos* y *karckhokies*. Antes de llegar a tierra de estos últimos indios, dieron con unas salinas que pueden ser las que marca Jolis en su mapa. Hasta aquí cuenta Schmidel unas 320 leguas desde San Fernando, lat. 21° 20', hasta las salinas, distancia que, como máximo, no puede exceder de 5 grados, 2 de latitud y 3 de longitud: esto demuestra que anduvieron de acá para allá perdiendo tiempo y desandando camino, hasta enterar casi tres tantos de la verdadera distancia.

De la Salina, como a las 36 leguas, llegaron a los *karkhokhies*, indios que usan el *tembetá* como botón de los chiriguanos. Pelean con dardos, arcos y flechas, y rodela o paveses de anta. Las mujeres visten *tipoy*, y usan un canuto asegurado al labio, en que meten una piedra verde o gris. -Son hermosas, y no se mueven de las casas. Por lo visto se trata de una nación chiriguana, y precisamente a esa distancia de la Salina están los chiriguanos, según Jolis. De los *karkhokhies* a las pocas leguas, llegaron a los *machkaises*, y precisamente sobre el río Pilcomayo y en el paralelo 20° entre 315° y 316°, Jolis coloca el valle de Machareti, en la región de los chiriguanos.

Nada de lo que dice Schmidel se opone a lo que conocemos por otros conductos. Los mbyá (pampeano-guaycurú) y chané (pampeano-mojo-baure) se presentan con las señales características de su origen vario. Los muchos pueblos pampeano-zamuco llenan el vacío entre los chané y las salinas; y del otro lado (el oeste) de éstas empiezan los carios de la sierra o chiriguanos. Irala llama a estos *karkhokies* y *machmaisies* «*corocotoquis*», y dice que estaban a 52 leguas de los *tamacocas*, distancia que concuerda con la que demuestra Jolis en su mapa. Resulta, pues, que las tales salinas dividían la nación zamuco-morotoca de la corocotoca, que yo identifico con los chiriguanos, en razón del botón en el labio de los varones y el *tipoy* de las mujeres.

Cuando regresa Schmidel del Paraguay a Alemania, hace la descripción de los *thopis*; en nada discrepa de lo que ya sabemos de ellos por otros conductos. Eran comedores de carne humana, de los enemigos se entiende; mas para que no faltase andaban siempre en guerra; y por lo demás son como lo cuenta el capítulo LII, que es un complemento a lo que dice Alvar Núñez en sus Comentarios. El idioma es muy parecido al de los carios, y esta apreciación nos prueba que Schmidel lo entendía y hablaba, y por lo tanto, que era muy competente en eso de saber si tales o cuales indios eran del habla guaraní o no.

Largo y muy largo nos ha salido este capítulo, pero sólo así se podía establecer que los datos etnológicos que nos suministra Schmidel son de verdadero valor científico. En su relación se destacan dos grandes razas, la guaraní y la que no lo es. Esta, que es la pampeana de d'Orbigny, se subdivide en dos ramas, una nomádica o guaycurú-patagónica, que sólo comía carne y pescado, y la otra semisedentaria, que sembraba y solía vivir a la par de la anterior en calidad de protegida o vasalla, como los chané con

los mbyá. A la guaraní sólo la encuentra Schmidel en el Brasil, en las inmediaciones de Buenos Aires; en el Paraguay, a la vuelta de la Asunción; y en el territorio que conducía del Alto Paraná al Atlántico. Los demás indios se hallaban desparramados en todo lo que anduvo nuestro autor.

Debemos fijarnos en que Irala, en su viaje al Perú por el país de los zamucos o chamacocos («*tamacocas*», como él los llama), entró por donde habían andado ya Hernando de Ribera y Schmidel en tiempo de Alvar Núñez. Iban en pos de las fabulosas riquezas de los amazones, cuento éste que no es inventado por nuestro autor, sino que consta también en la relación de Hernando de Ribera. Se buscaba El Dorado, y los indios, cansados de sus molestos huéspedes, siempre los halagaban con noticias de algo mejor *un poco más allá*. Así se explica esa larga peregrinación por el país de los jarayes en las dos entradas. El viaje al Perú parece que fue cosa de última hora y por las razones que el mismo Irala da en su carta. Esta carta, los apuntes de Schmidel y las noticias ya citadas del explorador Boggiani, adquiridas *in situ*, bastan para determinar quiénes eran los indios que visitaron más allá de los mbyá, por el norte y el oeste. Irala es algo confuso en su relación, pero esto es, más o menos, lo que dice: -Desde el puerto de San Fernando pasaron por diversas generaciones hasta llegar a los tamacocas. Allí supieron de las minas de plata en las sierras de los *caracas*, que, si no se explica mal Irala, son las de los charcas (chuquisaca). -De regreso para entre los *corocotoquis*, a 52 leguas de los *tamacocas*, y allí le confirman las noticias de las riquezas que había más al norte, «los naturales de la tierra y yndios carios de la sierra»-¿Quiénes eran estos naturales? - Los corocotoquis, que según se ve, no eran *carios*, es decir, *chiriguanos*. Lo que hay de cierto es que los españoles al pasar de la tierra de los mbyá y chané entraron por la provincia de los chamacocos, chiquitos y chiriguanos, y que encontraron carios entre los jarayes. El mapa de Jolis, levantado por el abate Joaquín Camaño a fines del siglo XVIII es la mejor guía que podemos tener para darnos cuenta de los indios que visitaron Cabeza de Vaca e Irala con Schmidel. Concluiré con las palabras de López de Velasco:

«Así como estas provincias son grandes, son muchas las naciones de indios que hay, y más la diversidad de lenguas que platican, *aunque se reducen a dos diferencias de naturales*; unos que llaman *gandules*, por la mayor parte *muy altos, más que españoles*, bien hechos y de buenas facciones, enjutos y morenos, y bien proporcionados, de buenas fuerzas aunque sin maña, mal vestidos; no siembran, y se sustentan de la caza y pesca, holgazanes, y su más continuo ejercicio es la guerra: los otros son los indios labradores *guaraníes*, que quiere decir *guerreros*, porque van muy lejos de su tierra a guerrear, *de estatura de españoles*, y bien agestados, que hacen sus sementeras, y entretanto que se crían también ejercitan la guerra, caza y pesca: entre ellos, los que están alrededor de la Asunción, son los que más se derraman por la tierra, y así la lengua de los que se llaman *guaraníes* es la que generalmente se habla en todas las provincias, aunque tienen lenguaje particular».